



LA CASA

Papa decidió que pasaríamos este verano en la casa de la abuela, en el pueblo. Así que todos muy a regañadientes, menos yo, que adoro la naturaleza, fuimos para allá.

La casa era pequeña y austera con una cuadra que ya no quedaban ni vacas, ni pollitos, ni el gallo, solo era habitado por grandes telas de araña.

Esa casa olía a secretos. Secretos... esa era la voz que retumbaba en mi cabeza. Un día mientras jugaba en la cuadra, vi a mi padre subir a una trampilla en el techo.

-¿Qué hay ahí?-pregunté

-Nada, ahí no hay más que trastos- me dijo.

Yo observaba esa trampilla horas y horas hasta que un día me decidí a subir.

Esto eran los trastos:

Fotos de personas que yo no conocía, juguetes viejos, cartas de amor todavía perfumadas, diarios... secretos de familia, a eso olía la casa.

Y entendí que aquel trastero era como lo que no queremos recordar, y lo almacenamos ahí como si nunca hubiese estado. Eso que escondemos en alguna parte, entre los muros de nuestra alma, aquellos sueños que tuvimos y no fuimos capaces de realizar, nuestros juguetes viejos con los que dejamos de jugar, aquel deseo de conquistar el mundo... y comencé a ver a las personas como esa casa que guardaba secretos, ese trastero lleno de sueños que un día se escondieron.

Pero qué más da, yo solo soy una niña, ¿qué voy a saber yo de eso? Si solamente los muros hablasen...